



## Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Lo mexicano en la Universidad

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1993). Lo mexicano en la Universidad. *Cuadernos Americanos*, 5(41), 193-203.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 41, (septiembre-octubre de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# LO MEXICANO EN LA UNIVERSALIDAD

Por Leopoldo ZEA  
CCYDEL, UNAM

*En memoria de Salvador Reyes Nevares*

## *1. Doble problemática*

**C**ONCIENCIA Y POSIBILIDAD DEL MEXICANO (1953), *El Occidente y la conciencia de México* (1954) fueron meditaciones que surgieron en los cincuenta cuando un grupo de estudiosos de la realidad mexicana se propuso continuar, ampliar y llevar a sus últimas consecuencias las preocupaciones de varios de nuestros pensadores en México por saber de la identidad y mundo en el que venían actuando y viviendo, preocupación de un pueblo de hombres que habían entrado a la historia bajo el signo de la dependencia. Estos estudiosos adoptaron como grupo el nombre de *Hiperión*, mítica imagen griega del héroe desgarrado por una doble identidad, el de ser hijo del cielo y de la tierra. Se contaba ya con las reflexiones de grandes maestros como José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Samuel Ramos. A éstos se sumaba ese extraordinario maestro que la Guerra Civil española trajo a México, José Gaos. Filósofo que llevaba dentro de sí una problemática parecida, la de su patria, España, de donde había sido obligado a salir. Gaos adoptó el calificativo de *transterrado*, que no desterrado.

Se replantearon dos viejas interrogantes: qué es el mexicano y cuál es su lugar en la historia, en el contexto de lo propiamente humano en sentido universal. Nada más, pero también nada menos. En *Conciencia y posibilidad del mexicano* se intentó responder al primer interrogante, en *El Occidente y la conciencia de México* al segundo. Para el primero se contaba, decíamos, con las ya iniciadas interpretaciones de varios mexicanos; para el segundo se partía de la obra del filósofo de la historia, el británico Arnold Toynbee, quien

además me honraba con su amistad. Toynbee se había empeñado en situar las diversas expresiones históricas y culturales del hombre, sus más auténticas concreciones, en la universalidad de lo humano. Toynbee visitó México en 1953 y fue atendido como príncipe, al decir de la prensa, por el gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines. Recuerdo su encuentro con el presidente mexicano, al terminar su visita, cuando le comentó maravillado que estaba sorprendido por la pujanza del pueblo mexicano, por la capacidad de los mexicanos para el uso de las nuevas tecnologías. Le habló del futuro que esperaba a un pueblo con estas cualidades. “Dentro de cien años —dijo— México será la base de un nuevo mundo”. “¿Cien años?”, replicó el presidente Ruiz Cortines, “¡Es mucho tiempo para México, veinte años cuando más, tenemos prisa señor Toynbee!”. El filósofo inglés, en conferencia dictada poco después en la BBC de Londres, habló de su experiencia mexicana y de la prisa de los mexicanos por recuperar el tiempo perdido por los coloniajes impuestos y así estar a la altura de los tiempos.

Esto forma parte de las reflexiones recogidas en la colección *México y lo mexicano*, que se inició con el pequeño libro de Alfonso Reyes, *La X en la frente*, publicado en 1952. Colección que se cerraba simbólicamente con otro pequeño libro, el de Toynbee, titulado *México y el Occidente*, aparecido en 1956, en que se recogían las dos conferencias dictadas por el filósofo británico en 1953 en su visita al país. ¿Qué es el mexicano? ¿Cuál es su lugar en la historia? La respuesta a estas interrogantes fue una perogrullada, a la cual, sin embargo, había sido difícil llegar, embarazada como toda toda meditación mexicana por los prejuicios impuestos y aceptados por quienes, para justificar su dominio y expoliación, veían en el mexicano una expresión de lo subhumano, del *homúnculo*, del cual había hablado Juan Ginés de Sepúlveda apenas descubierto nuestro Continente por conquistadores y colonizadores. Y como *homúnculo*, menos que hombre, no tenía otro lugar en la historia que el de instrumento, de siervo de intereses ajenos a los propios. La perogrullada a la que se llegaría, salvando los prejuicios impuestos sobre la identidad del mexicano y su lugar en la historia, fue pura y simplemente la siguiente: “El mexicano es un hombre como todos los hombres”, y por ello, con posibilidades e impedimentos. Su lugar depende de lo que sea capaz de hacer a partir del conocimiento de sí mismo ampliando posibilidades y limitando impedimentos. Nada más, pero también nada menos.

El mexicano, como todos los hombres, es un ente concreto y no abstracto. Con una contextura étnica, cultural, social y una historia igualmente concreta. Esto es, con una identidad como la tienen todos y cada uno de los hombres. Concreción que lo distingue de los otros, concretos como él. Pero no tanto que el uno o el otro pueda considerarse como expresión de lo humano por excelencia. Lo humano por excelencia es siempre algo concreto, personal, individual. En este sentido todos los hombres son iguales entre sí. Distintos, pero no tan distintos que dejen de ser hombres, esto es, superhombres y subhombres. Pura y simplemente hombres. Diversidad, distinción que hace de los hombres hombres. Partir de esta base, comprender y establecer relaciones horizontales de solidaridad y no ya más verticales de dependencia. La dependencia parte de la imposición de la propia y concreta identidad a la de los otros. Aberración que no debe ser ya más aceptada. Por el contrario, buscar en la igualdad que da lo distinto el punto de partida para el logro de metas comunes que, sin lesionar lo propio, sirva a la totalidad de lo humano. Aceptar este ineludible convivir asociados sin que esto implique subordinación o sumisión alguna.

## 2. *Problemática universal*

ESTAS meditaciones fueron objeto de muchos debates, de muchas objeciones desde diversos campos. Para los filósofos ésta era una problemática ajena a la filosofía; para los sociólogos hablar del mexicano era hablar de algo inexistente, una abstracción, debido precisamente a la diversidad mexicana. Es como hablar del "mirlo blanco", ave inexistente de la que todos hablan pero a la que nadie conoce. Nunca Europa, nunca el mundo occidental, incluyendo Estados Unidos, se ha planteado tal problema. De Europa, del mundo occidental, por el contrario, venían los modelos de lo propiamente humano, de la auténtica cultura, de la historia por excelencia. Nunca el europeo o el occidental se ha planteado interrogantes como qué es el europeo, el francés, el alemán, etcétera. Hablar sobre el hombre y su cultura, sobre sus posibilidades e impedimentos, es sólo propio de pueblos subdesarrollados de otras regiones de la tierra de la que son parte México y la América Latina.

¿Existe una identidad latinoamericana? ¿Qué es el latinoamericano? ¿Cuáles son sus posibilidades e impedimentos? ¿Cuál es su lugar en la historia universal? Esto es algo que se plantea en otras

regiones de la tierra que, como América, han sufrido el choque de la conquista, la colonización y la neocolonización. Conocerse será la base para superar esto. Por eso en los pueblos que han sido designados como del Tercer Mundo han surgido preguntas semejantes a las mexicanas. Y con ellas demandas de reconocimiento a las propias y peculiares identidades. Reconocimiento a la libertad de sus miembros y a la autodeterminación de sus pueblos. Pero enfrente estaba segura de sí misma Europa y el llamado mundo occidental, donando, concediendo cartas de identidad, de acuerdo con sus peculiares criterios.

Desde aquellos días han pasado cuarenta años. Sin embargo, a partir de 1989 extraordinarios sucesos sacuden al mundo, y centralmente a Europa, al mundo occidental. La caída de muros y murallas, la ruptura de los obstáculos que separaban la Europa Occidental de la Europa del Este afectaron a una y otra. Ideologías que parecían firmes y se disputaban el dominio de la tierra entran en crisis o en abierta anulación. Y ahora lo que parecía imposible, musitado, está sucediendo: los europeos se preguntan sobre su identidad. Europa entera se plantea, con la misma fuerza que a lo largo de siglos se lo hizo en América, sobre la identidad de sus múltiples y diversos pueblos. El "mirlo blanco" está ahora allí presente, no como una abstracción, sino como una realidad trágica. La tragedia que sacude a la Europa del Este y a los pueblos que formaban la Unión Soviética, tragedia que amenaza a la misma Europa Occidental. El "mirlo blanco" está causando estragos en Yugoslavia, dividida por sus múltiples identidades, ahora enfrentadas entre sí. Lo mismo sucede en diversas regiones de lo que fue la Unión Soviética.

Reclamos de autodeterminación de pueblos que no quieren seguir siendo dominados por otros. Reclamos sobre el reconocimiento de la identidad étnica, religiosa, cultural y nacional de los pueblos que ya sin una ideología recuperan la confianza en sus antes aplastadas identidades. Algo grave para la misma Europa y el mundo occidental, donde reclamos semejantes habían sido mantenidos en suspenso mediante diversas formas de represión. En Estados Unidos emergen con violencia viejos reclamos en defensa de la propia y concreta identidad de mexicanos, de latinos, y se amplían los reclamos de etnias y culturas africanas y asiáticas. Lo que parece integrado entra en crisis. Los sucesos en Los Ángeles, Nueva York y otros lugares de la Unión Americana plantean problemas que parecían propios de pueblos sin identidad. Europa, el mundo

occidental, se hace preguntas semejantes, se plantea una interrogante filosófica sobre estos temas, que son ya propios de la filosofía de nuestro tiempo.

### 3. *Derechos universales limitados*

ESTAS meditaciones pueden interesar en Estados Unidos, donde diversas minorías en su conjunto están creando futuras grandes mayorías. Problemas de identidad en una nación que, de acuerdo con sus principios, no deberían existir. Allí están las extraordinarias ideas sostenidas en la Declaración de Independencia de esta nación: "Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables". "Que para garantizar estos derechos los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados". Pueblo que tiene "derecho a reformar o abolir formas de gobierno que no se funden en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que garantice mejor su seguridad y su felicidad". Derechos que se consideran válidos para todos los hombres y todos los pueblos pero que en la realidad resultan excluyentes de otros hombres y pueblos. Exclusión que plantea los problemas de identidad de los hombres que son parte de la misma nación; pero puestos en una relación de desigualdad, de discriminación. ¿Cómo es que se origina esta aberración? Porque aberrante es una declaración universal de derechos del hombre, para toda la humanidad, que resultó ser válida sólo para unos cuantos hombres y para una parte limitada de esta humanidad.

¿Dónde está el problema para que todos los hombres y pueblos de la tierra suscribieran sin reticencia alguna tan extraordinaria Declaración de Derechos? ¿Cuáles son estos derechos inalienables que tal Declaración garantiza? El derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Es en relación con estos derechos que se instituyen gobiernos y se reforman o anulan cuando los mismos no garantizan "su seguridad y su felicidad". ¿La seguridad de quién? ¿La felicidad de quién? ¿De todos los hombres y los pueblos? No, y aquí está el problema, simplemente la de quienes han establecido estos principios, los cuales han de ser garantizados, asegurados, frente a quien o quienes traten de afectarlos o limitarlos de alguna forma. Y los afectan y limitan hombres y pueblos que afirmando, garantizando y asegurando principios semejantes limitan los de los demás. Así, una declaración supuestamente

universal se autolimita, se hace excluyente. De esta limitación y exclusión hablaron los mismos padres de la nación estadounidense, como Washington, Jefferson y otros más. Derechos limitados propios de una ínsula de libertad y de democracia. Ínsula que debería ser defendida de todas las presiones del exterior. De los derechos de otros hombres y pueblos.

“Contra las artes insidiosas de la influencia extraña debe estar constantemente alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano”, dice George Washington en su Discurso de Despedida el 17 de septiembre de 1796. Thomas Jefferson, por otro lado, en su Discurso de la Primera Toma de Posesión, el 4 de marzo de 1801, dice: “Estamos bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano, del exterminador caos de una cuarta parte del globo, de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás”. Defender, asegurar esta ínsula de libertad y felicidad habrá de ser la política a seguir por un pueblo que reclamaría para sí lo que no estaba dispuesto a reconocer en otros hombres y pueblos. El mismo espíritu que animó a la misma Europa, que a partir de 1492 se expandió por el resto de la tierra para el logro de su peculiar y limitada felicidad, y para asegurar la misma.

Paradójicamente, los Estados Unidos, para mejor garantizar la seguridad de los principios y derechos allí sostenidos, irán empujando sus fronteras de seguridad sobre otras gentes y pueblos. El historiador estadounidense Frederick Jackson Turner nos relata —en su libro *La frontera en la historia americana*— cómo esa nación fue empujando y ampliando sus murallas de seguridad, para no permitir entrar a gente que pusiese en peligro sus derechos. Primero, sobre pueblos nómadas, los dueños primitivos de la llanura americana, que por primitivos habían mostrado su incapacidad para ser parte activa de la ínsula de libertad y democracia. A continuación sobre los vecinos del sur, como México, o más al sur. Pero también al Este y al Oeste de las fronteras marítimas, levantando murallas de seguridad a lo largo de todo el globo, incluyendo a la misma Europa. La paradoja consistió en que los Estados Unidos, al querer defenderse de todo lo que consideraban extraño, se iró involucraron con los pueblos y gente de diversas razas y culturas, y al hacerlo los metieron en sus propias entrañas. Los primitivos dueños de las praderas de Norteamérica, que no fueron definitivamente exterminados y acorralados; los pueblos de raza negra, traídos de la



lejana África para hacer el trabajo esclavo considerado contrario a la dignidad del hombre por excelencia; los mestizados habitantes de las tierras arrancadas a México en la guerra de 1847, y otros más traídos o llegados de diversos lugares de la tierra en donde se considere que la seguridad estadounidense podría ser amenazada: Asia, Medio Oriente y el resto de América. Traídas, también, para hacer el trabajo sucio que la élite que consideraba había creado la nación estadounidense se seguía negando a hacer.

En estas minorías se han planteado y se siguen planteando problemas de identidad por su obligada pertenencia a una sociedad que, pese a sus grandes principios, se niega a reconocerles como parte de la misma, vistas tan sólo como simple materia instrumental ajena a los intereses y seguridad de quienes se encargan de su manipulación y reciben los beneficios de la misma. Mexicanos, y con los mexicanos todos los latinos, africanos, asiáticos y gentes de otros rincones de la tierra incorporadas a una gigantesca ínsula, pero con derechos limitados. Los mexicanos, y por extensión los latinos, obligados a plantearse problemas de identidad sumados a los de su propio origen. Los propios de su pertenencia a una sociedad, o mundo, del que son ineludiblemente parte, pero sin ser reconocidos como tales. Sumados a los problemas de identidad que a lo largo de su historia se han planteado pueblos como el mexicano y el latinoamericano en general por la diversidad de su origen, expresados por Simón Bolívar en ese preguntar: ¿Qué somos? Obligados a replantear el mismo problema, pero en otra dimensión y en relación con la sociedad y el mundo al que han sido incorporados en Norteamérica, los Estados Unidos, como pueblos vencidos o como simple instrumento de gente utilitaria.

#### *4. La experiencia latina*

ESTADOS UNIDOS, la América sajona, se está pareciendo, cada vez más, a su contrapartida, la América al sur de sus fronteras, la América Latina. En su seno, como en la América Latina, se está acrecentando la presencia de razas y culturas llegadas de diversas partes de la tierra, por la presencia estadounidense en esos mismos lugares o por el reflejo de una supuesta tierra de promisión. Se están ahora planteando aquí problemas de identidad ya seculares en la América Latina. Problemas de identidad que se plantearon los conquistadores y colonizadores iberos al incorporarse tierra y gente diversas de ellos, pero sintiéndose, al mismo tiempo, distantes

de la gente de tierras y culturas de donde provenían. Sintiéndose, más que desterrados, transterrados en un mundo en el cual podrían hacer realidad lo que en su lugar de origen era ya imposible: ser señores llegados de una tierra donde los señores estaban agotados. Con súbditos que poco o mucho se distinguían de los súbditos que difícilmente podrían tener ya tierra en la lejana y ya agotada península.

Problemas de identidad que se fueron superando con menos dificultad, por la experiencia que los mismos conquistadores y colonizadores iberos traían consigo de las lejanas tierras de las cuales eran originarios. La experiencia de los casi ocho siglos de dominación que estos hombres y pueblos sufrían, impuesta por pueblos de diverso origen étnico y cultural llegados del otro lado, del sur de la Península, de África. La experiencia de la dominación impuesta por los árabes y moros, que en el año 711 invadieron esta región de Europa al otro lado de los Pirineos, obligando a convivir a pueblos de otra condición racial y cultural, distantes de los godos que poblaban la Península. Varios siglos de convivencia que se terminan en 1492 con la caída de Granada en manos de los Reyes Católicos. Es el mismo año del descubrimiento de América hecho por Colón con el patrocinio de los mismos reyes.

Con independencia de la arrogancia, la codicia y la crueldad de gente mandada a conquistar el Nuevo Mundo, no fue difícil para la misma convivir, mestizarse con gente de otra raza y otra cultura, acostumbrada, secularmente, a hacerlo en la Península. El resultado de esta obligada convivencia originó la problemática de un Bolívar: ¿Qué somos? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Americanos? ¿Europeos? La respuesta adecuada fue "Somos un pequeño y peculiar género humano". Esto es, somos todo eso. Indios, españoles, es ya la suma de las diversas razas y culturas que se han dado encuentro en esta región del Nuevo Continente. Gente abierta a todas las expresiones de lo humano. Actitud distinta a la de la América sajona, formada por gente poco dispuesta a integrar como propia a gente que considera extraña.

En Europa los problemas de identidad han tomado expresiones estratégicas en el Este, incluyendo Yugoslavia y los pueblos que formaban la Unión Soviética. La Europa en su totalidad, integrada poderosamente bajo la hegemonía de los dos vencedores de la Segunda Guerra, Estados Unidos y la Unión Soviética. Al entrar la segunda en colapso, la integración se desvanece en la misma Unión Soviética y la Europa bajo su hegemonía. Han brotado en su seno

demandas de identidad de carácter racial, religioso, étnico y nacional conduciendo a una especie de atomización expresa ya en la formación de diversos Estados que, a su vez, amenazan con subdividirse. Atomización que también amenaza a la Europa Occidental con demandas semejantes en España, Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica. Nacionalismos de diverso origen, estimulados por el ejemplo de la Europa del Este, que ponen en jaque a la que ya parecía firme Comunidad Europea Occidental. Además, dentro de su propio seno existen otras fuerzas disolventes, llevadas allí para hacer el trabajo sucio, formadas por gente proveniente de las colonias del Tercer Mundo. Frente al peligro interno se habla de regresar a toda esa gente a sus lugares de origen, así como de erigir murallas para no dejar entrar a gente de la Europa del Este, allí, en los mismos lugares en donde se habían levantado murallas para no dejar salir. Las nacionalidades y naciones se están así multiplicando en Europa.

Pero esto no podrá ser en la otra parte del Mundo Occidental, Estados Unidos. Aquí gentes de diversas razas y culturas se encuentran estrechamente mezcladas con la gente de origen sajón. Se habla, es cierto, ya de la creación de dos Californias; los chicanos hablaron en reciente pasado de la formación de una nueva nación, Aztlán, propuesta absurda. Lo importante aquí tendrá que ser el reconocimiento de las diversas minorías étnicas y culturales también de origen latino, africano, asiático y de otras partes del mundo, como parte de la nacionalidad estadounidense. Reconocimiento de toda esta gente con todos los derechos y obligaciones que no pueden ser de exclusividad de los supuestos herederos de los creadores de la nación estadounidense, como titular de los derechos correspondientes a todos y cada uno de sus ciudadanos sin discriminación de ninguna especie. Aquí no cabe la atomización con que los diversos nacionalismos amenazan a Europa, sino algo más grave, la anarquía total como respuesta a las diversas reclamaciones de identidad de gente a la que le es regateada.

##### *5. América: Casa Común del hombre*

EL mexicano, decíamos, es sólo una expresión concreta del hombre, como lo es el africano, el asiático, el europeo y el hombre de cualquier otra región de la tierra. No es un ente singular, especial, sino un hombre con una determinada identidad, como lo son todos los hombres, pero también capaz de comprender y hacerse comprender por otros hombres. Más que orgulloso de ser mexicano,

estadounidense, europeo, asiático o africano, habrá de serlo de ser hombre. Hombre concreto, con un rostro, una piel, un modo de pensar y de sentir, pero también capaz de comprender otras expresiones de lo humano, como lo es él. Hombre abierto a todas las expresiones de sus semejantes en la tierra, capaz de recibir y de ser recibido, de asimilar y de ser asimilado. Y en este sentido posibilitar formas de comunidad, de integración abierta, no excluyentes, contrarias a las que se han venido estableciendo en defensa de limitadas ínsulas de libertad y de democracia. Nada de ínsulas sino territorios abiertos a todos los vientos por los que el hombre se haga expreso.

En Europa, Asia, y en la misma América, se viene hablando de comunidades como la Casa Común europea, asiática o americana. Pero más allá de estas insulares casas habrá que hablar de la Casa Común del hombre, abierta a todas las expresiones de lo humano. En este sentido habrá que recordar la propuesta del filósofo alemán Hegel, sobre la formación de lo que llamó Estado Universal. Para éste era un Estado de Estados que abarcaba al planeta entero, pero bajo la hegemonía de Europa, con lo que se daba fin a una historia, la historia cuya meta era Europa. En nuestros días, coincidiendo con los sucesos de 1989, el filósofo estadounidense Francis Fukuyama habló también, siguiendo a Hegel, del *fin de la historia* y el advenimiento del Estado Universal, ahora bajo la hegemonía del sistema liberal pero bajo la conducción estadounidense. Un Estado Universal del que quedarán excluidas las naciones que no han demostrado su capacidad para actuar en ese mundo liberal, expreso en la capacidad para actuar competitivamente, esto es, libremente, en el logro de las metas propias de individuos que se van destacando en dicha competencia. Fuera quedan así de tal sistema los pueblos del llamado Tercer Mundo, como la América Latina, Asia y África, pero también los pueblos que se formaron bajo el sistema socialista, en los que el Estado mantuvo bajo predominio a sus individuos anulando su capacidad para actuar libremente. Se mantiene, nuevamente, la concepción insular de los padres de la nación estadounidense.

En 1976, mucho tiempo antes de que se pusieran en marcha los sucesos que como explosión están afectando el orden universal, escribí en mi libro *Dialéctica de la conciencia americana* lo siguiente: "El Estado Universal que representa el fin de la historia no puede descansar en la relación de dominación y dependencia. Éste, para serlo plenamente, ha de ser expresión del deseo de todos y cada

uno de los hombres y pueblos. Esto es precisamente lo que está en marcha, lo que está dando sentido a la marcha de la historia que es ya conscientemente historia universal. Historia de la que se saben partícipes todos y cada uno de los pueblos''. Historia de pueblos que, como el mexicano, el latinoamericano y otros, tienen conciencia de su identidad pero como expresión concreta de la humanidad de la que son parte todos y cada uno de los hombres y pueblos de la tierra.